

UN ESTILISTA:

«Azorín»

La llamada generación del 98 representa una superación de las formas románticas; hace eclosión en el momento preciso, con admirable continuidad, y de manera brillante. Ya no puede hablarse de románticos rezagados; pero sí cabe a estos literatos del 98, levadura fecunda de la intelectualidad española, la gloria de haber roto la costra y de haber sacudido el marasmo finisecular.

Recordamos que de aquel grupo con chistera, que calle de la Montera abajo iba al cementerio a depositar unos ramilletes de violetas en la tumba de Larra, guiados por el mismo afán y amor a España, formaba parte nuestro «Azorín». El leyó aquel discurso memorable dedicado a Larra.

A través de la prosa estilizada y emotiva de «Azorín», de profunda ternura hacia las cosas, hemos captado lo más sutil, noble y poético del paisaje de Castilla; nos hemos conmovido ante sus evocaciones de la vida sencilla y amable de los pueblos; ante la irresistible, formidable atracción, que en nuestros pueblos despiertan mujeres de ojos soñadores, como Salvadora de Olbena; ante sus personajes, esos viejos hidalgos ensimismados, apergaminados, de ojos chiquititos que viven, fuera del tiempo, en vetustos caserones; hemos sentido simpatía, entrañable simpatía por Sarrión, hemos visto cómo la más profunda huella, la huella del tiempo, impresiona y matiza su sensibilidad; nos han deleitado sus apreciaciones sobre los clásicos, su minuciosidad, su pulcritud; hemos aprendido a ver el alma, la esencia, en suma, de las cosas. «Yo amo las cosas», nos dice. Y nosotros sentimos en lo más recóndito este desvivirse, este fundirse de nuestro «Azorín» en las cosas, en las pequeñas cosas. Poeta esencial, profundo, así místico: para él «la poesía lírica es la esencia de las cosas».

Con él hemos viajado a través de Castilla, siguiendo la histórica ruta de Don Quijote; y hemos aspirado el alma embalsamada de sus campos yermos que es el alma de España.

Su obsesión por todo lo que envuelve el misterio de la vida, por todo lo precedero, deja en nosotros una diluida y «honda palpita-

ción de espíritu»: ¿No habrá nada fijo, inconvencible, en el mundo de nuestros amores y de nuestras predilecciones?. Recordamos sin querer la definición heideggeriana del hombre como «un ser para la muerte».

Sin embargo, con todo, «Azorín» se nos muestra como un poderoso hombre de acción en su aparente quietismo, capaz de promover el mismo entusiasmo, la misma admiración que en él despertó el afán crítico, innovador y progresivo de Larra, o de Montaigne.

Es un pequeño y grande filósofo que condena, con Nietzsche, la moral de esclavos y prefiere la voluntad de dominio. No olvidemos que alienta su obra buena parte del espíritu noventaiochista.

En el homenaje, que con carácter nacional va a rendir la intelectualidad española al glorioso maestro «Azorín», no queremos omitir el apoyo fervido de nuestro pueblo cacereño para el que no pasan desapercibidos los más finos matices de sus versos.

Permítanos el maestro estas palabras, al que deseamos todavía muchos años de vida.

E. TENÉS



TRES ESCRITORES EXTREMEÑOS

(Micael de Carvajal, José Cascales Muñoz, José López Prudencio), por Francisco Elías de Tejada.

Volumen IX de la Colección de Estudios Extremeños publicados por los Servicios Culturales de esta Excelentísima Diputación Provincial.

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES
LIBRERIAS DE CACERES